

Josep Manuel Marrasé (2021). *Hacia una escuela ecohumanista. Educar para un futuro con esperanza*. Madrid, Narcea (Col. Educación Hoy Estudios). 156 págs. ISBN: 978-84-277-2847-9. ePdf: 978-84-277-2848-6. ePub: 978-84-277-2849-3

Alberto José Pazo Labrador¹

¹ Universidad de Vigo. apazo@uvigo.es

Recibido: 31/1/2022

Aceptado: 30/3/2022

Copyright ©

Facultad de CC. de la Educación y Deporte.

Universidad de Vigo



Dirección de contacto:
Alberto José Pazo Labrador
Facultade de Ciencias da Educación e do Deporte
Campus A Xunqueira, s/n
36005 Pontevedra

Después de *La educación invisible*, publicado por la misma editorial y ya reseñado en este mismo foro, recibimos con interés y entusiasmo la nueva obra de Josep Manuel Marrasé, con el sugestivo título de *Hacia una escuela ecohumanista. Educar para un futuro con esperanza*. Un título muy concreto y definido que no hace justicia a la amplitud y densidad de contenidos y de reflexiones, de experiencias y de sugerencias que se despliegan a lo largo de sus páginas. Como en aquel, la magnífica prosa y el poder de atracción que destila cada párrafo, son un trasunto de su concepción de la educación holística, con valor, impregnando la capacidad de asombro, la pasión y el ansia por aprender y saber, por acercarse al conocimiento de la manera más plena. Ahora desde su posición de jubilado muy activo, desarrolla lo que en su anterior libro denominó “los verbos del aula”, para conseguir ese objetivo, aprovechando y compartiendo generosamente sus valiosas experiencias personales que salpimentan y enriquecen el texto.

El planteamiento de fondo radica en conseguir reorientar el modelo educativo vigente, un modelo anclado en un estadio pretérito sustentado por un patrón social claramente insostenible, hacia una educación humanista que trascienda los márgenes de los contenidos cerrados y el corsé de la compartimentación curricular para convertirse en una educación con valor y con sentido. Y en una ecoeducación, para que los futuros ciudadanos y ciudadanas puedan responder de una manera adecuada al reto del deterioro ecológico galopante, al grito de auxilio que emite constantemente la Tierra ante nuestras insensatas actuaciones como especie. Como síntesis, una educación *ecohumanista*, impregnada de valores y de sentido ético, donde prime el “quietismo” que propicie el análisis pausado, la reflexión, el diálogo con uno mismo y con los demás, para conseguir una comunidad educativa plena. Dado que “la adulteración de los valores democráticos básicos y de los derechos humanos, y la emergencia climática, son cuestiones que están condicionando nuestras vidas” (p.10) y seguirán condicionando el futuro en el que los escolares de hoy tendrán el máximo protagonismo, es necesario trabajar a favor de una formación integral del ser humano, con una base ética sólida, donde más allá de los meros y necesarios contenidos disciplinares el niño y la niña se impregnen de la curiosidad, del hábito de

la interrogación constante ante lo nuevo, de la capacidad de analizar críticamente el medio en el que están insertos.

El humanismo activo, complemento de una ecoeducación, debe estar presente en el espíritu y el alma de las escuelas. Valga como ejemplo esta declaración de intenciones del autor: “Es un libro en desacuerdo con el modelo instructivo y utilitarista porque apuesta por la recuperación de una base humanística y ética, por potenciar en cada estudiante la construcción de su propio y libre yo, por ayudarlo a pensar de forma crítica y por confrontarlo de la mejor manera posible a los desafíos globales” (pág. 11). Frente a las incertidumbres de una sociedad líquida y de los valores que de ella permean hacia el aula, el docente debe ofrecer certezas recuperando o desarrollando una concepción holística de la formación donde las tan denostadas humanidades –por presuntamente “inútiles” o “no utilitaristas” o supuestamente “ineficaces”– deben adquirir su verdadero valor para construir ciudadanos libres, solidarios, cultos y democráticos. Y esto tiene más mérito y significado, si cabe, viniendo de un profesor “de ciencias” que defiende, cómo no, el importante bagaje que aportan la ciencia y la tecnología y su incuestionable necesidad en la escuela, pero que reivindica con firmeza el papel de las humanidades en la formación holística e integral de la persona; porque como nos recuerda de forma recurrente, más allá de los contenidos que se pueden y deben aprender en el aula, la escuela imprime una huella que llevaremos en la mochila de nuestro camino a lo largo de la existencia y es por ello que la educación debe de tener valor y sentido: “Las humanidades apelan a las preguntas básicas, que dotan de sentido a la vida; nos recuerdan nuestra responsabilidad como seres humanos. En este sentido, resultan vitales para que los principios democráticos, los derechos humanos y la libertad se consoliden y apliquen en la práctica. Precisamente por esto, por su dimensión ética, por su profundidad, las humanidades “molestan” en sistemas educativos orientados a formar ciudadanos dóciles que simplemente funcionen; es decir, que no cuestionen, que no pregunten, que no piensen por sí mismos” (p. 99). Espléndido y lúcido alegato.

El libro se articula en cuatro capítulos, desarrollados a lo largo de varios apartados. A lo largo de ellos se vuelven a reivindicar los fundamentos de esa educación invisible, necesaria frente a la rigidez burocrática y curricular de los planes de estudios, y que precisa de un conocimiento y una sensibilidad de y hacia las “ondas emocionales” que circulan en el aula; éstas nos permitirán “conocer para actuar” de forma eficaz, calibrando y gestionando las emociones y transmitiendo lo que denomina un “optimismo razonable” que permita conseguir una atmósfera colaborativa, un equipo de aprendizaje sólido. El “efecto halo” que emana del docente debe focalizarse a conseguir impregnar el aula de sensaciones de apoyo y acompañamiento constantes para consolidar la confianza y desvelar así las posibilidades y potencialidades de cada discente, procurando mantener viva la capacidad de asombro y el afán continuo por preguntar y cuestionar.

Aquel conjunto de valores humanos y de certezas que es necesario desarrollar en el aula por su dimensión ética y que configuran lo que el autor denomina acertadamente “cultura de la escuela”, deben trascender el aula e implicar a las familias, que han de compartir el mismo sistema de valores en un ejercicio de colaboración y retroalimentación permanente. Una enseñanza que implique certezas

éticas debe ser consustancial a la tarea educativa, máxime cuando la deriva hacia la “eficacia” en todos los ámbitos, parece determinar cada vez más la manera de concebir la escuela. Por eso la educación ecohumanista debe construirse a partir de la resultante de un doble vector, el que preserva el poder de la pregunta y el asombro y el que enseña a vivir éticamente, ambos necesarios para afrontar las emergencias que acechan a nuestra sociedad con conocimiento y talento y con un ejercicio de reconciliación con la Naturaleza a través de la vertiente humanista. Y todo esto solo podrá lograrse cuando la escuela supere el estadio pretérito al que aludíamos, que se basa en un modelo social que se demuestra insostenible: “Nuestro modelo educativo está en cierta forma engullido por unos controles eficaces. Se halla instalado como mero instrumento de la sacralización de la tecnología. Se impregna, consciente o inconscientemente, de los ritos de la competitividad, la rapidez y la comodidad. Todo esto plantea a los contenidos de la escuela de hoy la necesidad de una revisión” (p. 90). Es por ello que la escuela no debe formar personas para que simplemente “funcionen” sino para que aporten valor social.

Y como hacía en “La educación invisible”, donde sus espléndidas líneas a favor de la inserción y el fomento de la lectura en el aula todavía nos producen una sacudida emocional, vuelve a insistir sobre la importancia y trascendencia de esta actividad como manifestación genuina de libertad. La lectura nos permite conversar con el mundo y permite a los escolares reflexionar acerca de verdades y principios supuestamente inevitables, que se han instalado en esta sociedad líquida que domina nuestras vidas. Conseguir articular una escuela con valores y sentido supone fomentar en el aula los valores transversales y humanistas, las certezas éticas, además del puro conocimiento científico, un ambiente holístico que sustente ese sentido ecohumanista de la educación.

Es interesante el capítulo “Aulas vivas”, donde Marrasé reflexiona sobre el papel, los atributos y las razones de hacerse profesor, una reflexión basada en gran medida en sus propias experiencias por lo que estamos ante un espléndido ejemplo de “historia de vida”, de narrativa biográfica tremendamente provechosa. Es necesario que el docente sea inspirador y es preciso concebir a cada alumno y cada grupo-clase como único: “La educación no es solamente –no debería serlo– una larga lista de condiciones y prescripciones. Cuando educamos estamos emanando y prolongando humanidad, en el más amplio sentido del término. Este factor humano conforma el núcleo central, el hálito, de lo invisible de nuestra tarea docente” (p. 149). La esencia de la educación se recuperará cuando se supere la anomia, aportando valores y certezas éticas que armen al alumno frente a las incertidumbres; el problema es que el capitalismo neoliberal propicia el surgimiento de comportamientos anómicos, al profundizar las brechas que separan a los individuos y a los grupos sociales. La base del cambio hacia una formación más consistente y holística sería por tanto la síntesis de ética, humanismo y ciencia, ese ecohumanismo que debe impregnar una escuela construida verdaderamente para superar un modelo social y vital que no conduce a nada bueno.

La bibliografía aportada y utilizada por el autor, exquisitamente seleccionada, es un apoyo fundamental del libro y además cada apartado se culmina con una cita selecta bajo el epígrafe “he leído”, como una invitación a esa acción fundamental para la formación integral del ser humano que es la lectura reflexiva. Por todo ello, el

libro de Marrasé es más que recomendable, sobre todo para iluminar a los docentes en ejercicio o para aquellos y aquellas que quieran adentrarse en el futuro en los senderos procelosos y llenos de quiebros y dificultades, pero no por ello menos apasionantes, de la formación de los ciudadanos y ciudadanas del mañana. El optimismo y el vitalismo que impregna toda la obra nos deja, sin embargo, un poso de inquietud: no podemos dejar de preguntarnos qué ocurre con las generaciones que han sido formadas en ese modelo educativo “funcionalista” que hoy han llegado a la Universidad o están insertas ya en el mercado laboral. Es bastante desalentador ver, en el ámbito universitario en el que nos movemos habitualmente, el predominio de comportamientos y actitudes movidas por la comodidad, la falta de compromiso, la ausencia de reflexión, el hedonismo como valor supremo... que es lo que menos se necesita en estos tiempos revueltos llenos de sobresaltos: estamos sumidos, no lo olvidemos, en una pandemia y en un conflicto bélico en plena Europa, y no se observan en nuestro país grandes movilizaciones a favor de la dignidad humana y contra las pretensiones de retroceso democrático o la expansión de prácticas totalitarias e ideologías claramente nocivas que rompen los consensos de una sociedad supuestamente civilizada. ¿Serán las generaciones formadas y educadas bajo las pautas del ecohumanismo las que nos hagan recuperar la cordura? Ojalá que así sea y solo el tiempo lo validará o lo refutará.
